El psicoanálisis y su relación con la historia de la infancia

Raúl E. Levín

“...y todas las tierras son parecidas, e igualmente peligrosas para los niños.”
Marcel Schwob. (1991)

I

El concepto de infancia tal como lo entendemos hoy, es decir en tanto valorizado período inicial de la vida de una persona, es de adquisición tardía en la historia de la humanidad.

Si bien es difícil hacer generalizaciones sobre un tema tan amplio, es notorio que el niño en tanto tal, durante largos períodos históricos, no fue reconocido y fue víctima de toda una variedad de formas de rechazo, partiendo de la no aceptación de su inermidad y de sus mínimas necesidades afectivas, hasta los tratos más brutales, incluyendo el infanticidio, fuera conciente o no.

Si actualmente podemos sentirnos afectados por los casos de maltrato infantil, éste no es comparable en extensión y gravedad al de la antigüedad. Dice Lloyd deMause (1987, pág. 15): “cuanto más se retrocede en el pasado, más bajo es el nivel de puericultura y más expuestos están los niños a la muerte violenta, al abandono, los golpes, el terror y los abusos sexuales” [...] “cuanto más se retrocede en el tiempo menos eficacia muestran los padres en la satisfacción de las necesidades de desarrollo del niño. Esto quiere decir, por ejemplo, que si actualmente hay en Estados Unidos menos de un millón de niños maltratados, habría un momento histórico en que la mayoría de los niños eran maltratados, según

el significado que hoy damos a este término” (Ibídem, págs. 17/18).

Uno de los efectos (y a la vez confirmación) de esta falta de consideración de la niñez, es la ausencia de testimonios que permitan una reconstrucción histórica más o menos completa. No hay prácticamente datos que provengan de los niños y los aportados por adultos, especialmente a través de diarios, memorias y correspondencia, toman aspectos parciales –si bien significativos– y abarcan solamente niveles de población en consonancia con este tipo de testimonios. Un ejemplo clásico es el diario de Heroard, médico personal de Luis XIII, sobre la infancia de éste. Si bien se trata de un parte minucioso que abarca observaciones sobre los años de niñez del Delfín, es difícil hacer una generalización, a partir de un caso tan particular, a toda la población infantil. Acerca de los niños pertenecientes a sectores más marginados y menos instruidos, no hay información.

Es que solamente adquiriría valor el niño por razones de herencia o linaje. Haciendo esta salvedad, la niñez era desconocida y por lo tanto poco era lo que de ella se podía testimoniar en cuanto por ejemplo a desarrollo, puericultura, costumbres, afectos, etc.

Hay sí consenso acerca de la indiferencia con que se trató a los niños y a las acciones brutales de los adultos hacia ellos.

El infanticidio era común, aun cuando condenado por la Iglesia. En realidad era considerado más un pecado que un delito, en el caso de ser cometido por los padres. Si era sancionado por la ley, ésta era fácilmente eludible. Los métodos más disimulados, eran: no dar alimento al niño por descuido o deliberadamente, o asfixiarlo echándose sobre él en la cama (era normal que durmieran en la misma cama con los padres, por lo tanto se trataba de un “accidente” común).

Los más expuestos y menos amparados por las leyes, eran: 1) los hijos naturales y de prostitutas, 2) los de madres solteras, 3) los hijos menores, 4) las hijas mujeres, 5) los huérfanos, 6) los defectuosos, 7) los deficientes mentales y 8) los “engendros”.

Otro destino posible era el abandono, bajo diversas formas: 1) venta (como esclavos, para sustituir hijo muerto de familia rica, etc.), 2) dar a criar a nodriza con desconexión parcial o total de la madre, 3) internación en instituciones, 4) oblación a monasterios, 5) imposición de una tarea productiva económica, 6) cesión a parientes o al señor del padre, 7) destino militar, 8) abandono

simple.

En los distintos períodos históricos fue común dar a los niños a nodrizas para ser criados separados de la madre. Por ejemplo, en la Italia urbana del Renacimiento, el niño a lo largo de su infancia sufría los siguientes desplazamientos: al nacer del hogar de origen era dado en crianza a una nodriza (balia), que vivía en el campo. A los dos años se reintegraba al hogar y a los ocho o diez se alejaba nuevamente para aprender un oficio.

Se intentaba activamente eliminar la posibilidad de que se crearan lazos afectivos entre los padres y el niño, e incluso que este adquiriera individualidad, un lugar, un reconocimiento por derecho propio.

Es significativo que recién en el siglo XVII aparece representada la infancia en la pintura, ya que hasta entonces, como dice Ariès (1987, pág. 57), “el arte medieval no conocía la infancia o no trataba de representársela; nos cuesta creer que esta ausencia se debiera a la torpeza o a la incapacidad. Cabe más bien pensar que en la sociedad no había espacio para la infancia”. Hasta entonces, por ejemplo en el arte medieval, los niños eran representados como hombres reducidos.

Fue importante en el Renacimiento, impresa mediante, el papel que le cupo a la Iglesia en cuanto a propiciar el reconocimiento del niño, alentar la lactancia (piénsese que era el factor de sobrevivencia) y la relación afectiva mutua entre madre e hijo. En ese sentido la iconografía cristiana tuvo enorme influencia en los cambios en la relación madre hijo, al difundir imágenes del nacimiento de Cristo, de Cristo al pecho, en las rodillas de la madre, etc. Igualmente con otras representaciones, por ejemplo las de la Matanza de los Inocentes (Noche de San Bartolomé), con escenas de madres angustiadas amparando a sus hijos.

Pero el camino hacia la individuación del niño fue un trayecto histórico, que con muchos altibajos recién fue completándose hacia mediados el siglo XIX.

Si indagamos en las razones de mayor peso que avalan este desconocimiento y rechazo del niño, y la tendencia a eludir en la relación los afectos que pudieran promover alguna forma de ligamen, hay que mencionar especialmente el papel que en esto tuvo el altísimo índice de mortalidad infantil, que con ligeras variantes se mantuvo hasta el siglo pasado.

Para dar un ejemplo, en Francia en el siglo XVII, era del treinta

al cincuenta por ciento, y en la Rusia Imperial del cincuenta por ciento. Y éstas son las cifras más comunes en los diversos períodos históricos (excluyendo los de epidemias graves, que diezmaban la población en general en una proporción mucho mayor).

Era muy difícil comprometerse afectivamente con un niño que tenía alta probabilidad de morir, e incluso considerarlo como precursor de un futuro adulto. Por eso era preferible no tenerlo en cuenta, rechazarlo, alejarlo, hasta que hubiera un mínimo de garantía de sobrevivencia. Existía un “tabú de afecto”, una suerte de fatalismo, por ser alta la mortalidad. Elizabeth Wirth Marwick (1987, pág. 330) expone la siguiente tesis de Ariès: “en el siglo XVII y antes no se concebía la infancia como una edad con entidad propia que justificara un trato especial. Esto se basa en parte en la idea de que unas tasas de mortalidad neonatal e infantil tan elevadas imponían una especie de ‘tabú de afecto’ que impedía a los padres apegarse demasiado a unos hijos cuyas vidas no tenían muchas posibilidades de salvar”.

Una expresión significativa de la falta de reconocimiento de la individualidad del niño, era la tendencia necronímica, que hacía que, según John Illick (1987, pág. 371), “en la Edad Media se ponía el mismo nombre a dos hermanos, que se distinguían después por el apelativo de mayor o menor. En los comienzos de la Edad Moderna esta costumbre había caído en desuso, pero se ponía el nombre de un niño que había muerto, al niño que había nacido después. (Hoy no se da nunca a dos hermanos el mismo nombre, pues se considera que el nombre es propio de la persona insustituible)”.

Pero si queremos tener un panorama más completo debemos tener en cuenta la altísima incidencia de la mortalidad materna en el parto, que era más o menos equivalente a la de la mortalidad infantil, lo que hacía muy probable que ambos, madre e hijo, murieran en el parto, o que el último quedara huérfano al nacer. El poeta metafísico inglés John Donne (1572-1621) decía que el vientre de la madre era “el albergue de la muerte”.

A lo dicho previamente hay que agregar también que el hecho de que el promedio de vida fuera en general mucho más bajo, derivaba en que fuera frecuente que a lo largo de los años de infancia muriera uno o ambos padres del niño, con las secuelas que derivaban de la orfandad, nuevos matrimonios del progenitor

viudo, etc.

II

En el siglo XIX se produciría un radical cambio respecto a la acepción de la niñez, a partir de la concurrencia de diversos factores que gradualmente y en la medida en que se fueron desarrollando los hechos históricos, contribuyeron a que fuera considerada y jerarquizada hasta tal punto, que puede decirse que, a diferencia de lo ocurrido hasta entonces, la sociedad toda centró su interés en ese período de la vida, confiriéndole un status y un reconocimiento tal, que cambió el anterior rechazo, desinterés o desconocimiento, por la asignación de un privilegiado papel protagónico en la familia y en la sociedad.

Como dijimos antes, son varios y se relacionan entre sí los factores que confluyeron hacia esta nueva consideración de la niñez, de la que podemos decir se fue constituyendo el concepto de infancia, en un sentido de mayor aproximación hacia cómo lo entendemos actualmente.

Fue también en este interjuego de circunstancias políticas, sociales, económicas y científicas que, como iremos viendo, podemos ubicar los orígenes de los descubrimientos y desarrollos del pensamiento psicoanalítico.

En primer lugar, debemos mencionar el auge y el desenvolvimiento de la Revolución Industrial, con su creciente demanda de operarios, técnicos y profesionales para atender y perfeccionar la maquinaria que incrementaría la producción y también para administrar la cada vez más compleja estructura de las empresas comerciales y fabriles. Esto suscitó la necesidad de educar y capacitar a niños y jóvenes, con vistas a un futuro productivo. Se fue incorporando así una idea de lo prospectivo en sus vidas, de lo que se desprendía, de hecho, un concepto de continuidad entre vida infantil y futura vida adulta, en este caso en función de los nuevos criterios de productividad. Sabemos de la importancia que habría de tener esta concepción longitudinal que articula niño y adulto, en los orígenes del psicoanálisis, para resolver la enigmática etiología del síntoma histérico.

Otro factor, concomitante y relacionado con el anterior, fue la importancia que iría adquiriendo la Pedagogía Infantil, tanto en sus manifestaciones teóricas como prácticas, dando lugar, inclu-

so, a la constitución de diversas teorías y escuelas, en especial en los países con mayor participación en el desarrollo industrial.

En la segunda mitad del siglo la Pedagogía se manifestaría como una disciplina de enorme influencia no solamente en la formación técnica, sino también en la propagación y regulación de los standards culturales, de acuerdo a la modalidad nacional y al momento histórico de cada país. Así la educación se transformó en asunto de interés en función del futuro económico, político y social de los estados.

Consignemos, de paso, que la impronta de la pedagogía, traspasó lo que atañe a lo que podríamos considerar los orígenes del psicoanálisis, para seguir aún con vigencia, tanto en lo referido a diversas consideraciones de Freud acerca del psicoanálisis de niños, como así también en tanto elemento revelador de diferencias teóricas y clínicas en la histórica polémica acerca del análisis infantil entre Anna Freud y Melanie Klein.

Otro factor del desarrollo del siglo XIX que contribuyó a la posibilidad de esta nueva figuración de la niñez, proporcionando las garantías necesarias para esa suerte de apuesta a la validez futura del niño, fue el extraordinario avance de la medicina, especialmente en lo relacionado con la prevención de las enfermedades infecto-contagiosas, que eran las de mayor incidencia en la mortalidad infantil.

Esta nueva posibilidad ofrecida por los adelantos médicos aseguraba, por una parte, la sobrevivencia del niño; la pedagogía, por otra, validaba sobre esta base la formación y la especialización para adecuarlo a lo que se esperaba de él, de acuerdo a las exigencias de la nueva sociedad industrial.

El Freud médico, en sus primeras conceptualizaciones del fenómeno histérico, utilizaría modelos provenientes de la medicina, especialmente los relacionados con las especialidades en las que se producían los avances más espectaculares: la bacteriología y la neurología. La búsqueda para la medicina de un rigor y un método que la aproximara a las ciencias empírico naturales, con la posibilidad de articular relaciones causa-efecto en la explicación del fenómeno enfermedad, estuvo presente en las primeras correlaciones que fue estableciendo el psicoanálisis entre pasado y presente, dándole al primero un sentido etiológico en las manifestaciones patológicas del segundo.

Algunos esquemas, en los que trasciende la influencia del

pensamiento médico, dieron sustento a sus conceptualizaciones aún en etapas avanzadas del desarrollo de la teoría. Es el caso, por ejemplo, de las “series complementarias”, referidas a la correspondencia entre variables que inciden en la causación de una neurosis, que aparecen conformadas de una manera similar al tradicional esquema de la bacteriología que da cuenta de las relaciones recíprocas (de valor inverso), entre agente etiológico y terreno.

Freud destacó y privilegió a partir de su inscripción en la cultura de la época y de su formación científica y experiencia clínica, el lugar de la niñez y la correspondencia de ésta con la vida adulta. Le reconoció una sexualidad específica y un papel para el narcisismo y la emocionalidad de la vida futura. Destacó a partir de la niñez el acceso a una estructuración de la vida psíquica que sería constitutiva y se perpetuaría a lo largo de toda la vida de la persona.

La niñez, de acuerdo a este momento histórico, más que rescatada, fue nombrada, investida, reconocida, incluso jerarquizada y hasta idealizada.

Vale la pena, como para dejarlo mencionado, en tanto otro factor que se da en el siglo XIX, la importancia que adquiere este período de la vida en la literatura, tanto en sus aspectos más idealizados (el *Emilio*, de Rousseau); en la denuncia y el rescate de su desamparo y explotación en términos de la economía industrial (Dickens); en el reconocimiento de lo que Freud más tarde llamaría sexualidad perverso polimorfa (*Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais), o en cuanto al reconocimiento de su capacidad de fantasía, creatividad, juego e inteligencia (Lewis Carroll). Pero pensamos que como metáfora del niño que adviene a la subjetividad, a cambio de una suerte de pacto por el que promete un voluntarioso futuro en pos de la consecución de la eficacia y la productividad, debemos nombrar el *Pinocho* de Collodi (1982), que de folletín por entregas pasó a ser una parábola casi mítica en tanto representación de un origen del concepto de infancia en el siglo pasado. Estas son palabras de Pinocho, en respuesta a las del Hada (¿la sociedad?), que lo insta “a verse ocupado, a trabajar”: “Estudiaré, trabajaré, haré todo lo que digas, porque, en suma, la vida de muñeco me aburre y quiero convertirme en un muchacho al precio que sea. ¿Me lo has prometido, no es cierto?” (pág. 108).

III

En un primer período, digamos el pre-1900, la idea de Freud implicaba entonces una linealidad, casi probatoria, que conectaba escenas del pasado infantil con la actualidad sintomática. El modelo médico causa-efecto estaba de alguna manera respaldado por las impresionantes demostraciones de Charcot, quien, utilizando la hipnosis, podía aparentemente retrotraer a la paciente histérica a un supuesto pasado tal cual, punto desde el cual presuntamente podía darse otro curso a la enfermedad (descarga, catarsis).

Pero Freud, desde la clínica (primero trabajando con Breuer, luego solo), desarrollaba algo diferente a las meras demostraciones catárticas, como de alguna manera eran las exhibiciones de Charcot, que no se diferenciaban demasiado de las mismas escenas histéricas que querían develar. El trabajo psicoanalítico con el paciente era continuado, arduo y consecuente con las palabras y las emociones, no solamente del paciente sino también del analista. Se fueron dando las primeras aproximaciones a los conceptos que serían pilares del psicoanálisis: inconsciente, represión, transferencia, interpretación. Poco más adelante, a la práctica con pacientes Freud añadiría su propio autoanálisis, que lo llevaría a la certidumbre de algo que ya de alguna manera venía sospechando: las escenas, particularmente descritas como de seducción, desencadenadoras del síntoma neurótico, pertenecían al orden de la fantasía. La relación con el pasado, y la posibilidad de su reconstrucción, estaría complejizada por una serie de intermediaciones, que aún siendo atravesadas, no garantizaban una aproximación más o menos objetiva a lo que había sido de niño ese adulto, ahora en análisis. Compulsión a la repetición en transferencia, sueños, síntomas, recuerdos encubridores, resignificación (*après coup*), serían conceptos de distinto nivel que aportarían datos sobre la infancia, que no solamente debían ser evaluados y ordenados, sino que además, por las mismas características del desarrollo del proceso analítico, estaban sujetos a una continua movilidad [piénsese, por ejemplo, en las distintas reconstrucciones de la escena primaria en el *Hombre de los Lobos*, (Freud, 1918, págs. 3/111)].

Aun si se suponía alguna ocasión puntual de significación en la causación del síntoma, ésta aparecía subsumida en una trama de multideterminación, que alejaba la idea de que fuera pensada con

un efecto lineal.

La neurosis infantil, tal como se manifestaba en la transferencia, daba cuenta entonces de una versión fantaseada y actual acerca de la infancia del paciente adulto, pero, aunque esto tardó —y tarda— en reconocerse, no se correspondía con lo que se hubiera podido observar en el niño que fue.

El niño pasaba a ocupar un lugar pleno de interrogantes para el psicoanálisis. Si se daba crédito absoluto a lo reconstruido desde el adulto, el niño debía corresponder a dicha reconstrucción. Pero la complejidad y dinámica de los mecanismos que proveían de datos a la reconstrucción, y el carácter de su procedimiento, cuestionaban no sólo su objetividad, sino que además —y fundamentalmente— si dicha objetividad era necesaria y aún deseable.

El niño, en tanto tal, quedaría perdido como objeto del psicoanálisis.

Freud intentó corroborar en el niño, en el historial de Juanito, los hallazgos de las reconstrucciones de los análisis de adultos (Freud, 1909). Pero este niño quedó, en realidad, bastante afuera de la escena analítica: fue analizado a través del discurso de la neurosis del padre (incluyendo su propia transferencia con Freud). Por lo tanto, en cierto modo, se llegó a una versión de la sintomatología del niño que en nada se diferencia de la del adulto. Sería tomada como paradigma de la neurosis de angustia en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926).

Valdría preguntarse, como especulación, cuál sería el paciente Juanito si su historia analítica hubiera sido conocida desde la óptica de un análisis infantil, tal como lo efectuamos ahora, dándole lugar al niño en tanto sujeto del análisis.

Pero en ese período histórico del psicoanálisis el niño, en tanto tal, había quedado “fuera de la teoría”. En sí mismo era una incógnita, no se correspondía a la estructura “adulta”. La resignificación edípica, la amnesia infantil, contribuían a esa imposibilidad de acceso a la niñez.

Salvo que se le atribuyera al niño el carácter de “adulto reducido” (como aparecía en la iconografía medieval), ¿no se le estaba asignando el lugar, o mejor dicho el no-lugar que tuvo la infancia hasta principios del siglo XIX? ¿Podía ser que ese no-lugar se hubiera superado sólo en apariencia, en virtud de investimentos narcisistas del adulto en función de una instrumentación “egoísta” del niño, para usufructuarlo en lo afectivo y lo económi-

co, de acuerdo a una época histórica?

Esta interrogación sigue vigente hoy, y adquiere mayor validez cuando observamos qué fácilmente queda expuesta la niñez ante cualquier situación de conmoción o de perturbación en lo social o familiar.

Esto nos lleva a buscar respuestas en el estudio del grado de validez de los mecanismos a través de los cuales hay una aparente aceptación y consideración de la niñez por parte de la sociedad, quedando en suspenso muchas preguntas acerca del verdadero respaldo que tiene esta supuesta consideración por parte de los adultos hacia la estructura infantil.

Si lo pensamos desde el psicoanálisis, estos problemas, no resueltos, quedarían planteados. A Freud no se le escapó que para acceder al niño desde su psicoanálisis había dificultades, porque la niñez era diferente a la adultez: “Psicológicamente, el niño es un objeto diverso que el adulto”, escribiría en 1933. De esto dan cuenta sus vacilaciones en su postura ante el psicoanálisis infantil. Incluso quedó planteado en sus alusiones a la implementación de la pedagogía como una prótesis para estos análisis, lo cual puede ser tomado como un reconocimiento de la necesidad de ocupar con medios ajenos al psicoanálisis los huecos que éste no podía resolver, en tanto posibilidad de tender desde la intimidad de la teoría puentes epistemológicos que allanaran las diferencias entre la estructura adulta e infantil.

IV

No es que durante el período anterior a 1920 la única experiencia psicoanalítica con niños haya sido la que dio origen al historial de Juanito (Freud, 1909, págs. 3/118). En primer lugar, es interesante hacer notar, que en sus comienzos profesionales, digamos en su período “pre-psicoanalítico”, Freud trabajó durante muchos años (1886-1896) en el Departamento Neurológico de la Clínica para Niños del Dr. Kassowitz, concurriendo tres veces por semana. Podemos suponer entonces que su aproximación a la niñez y a su patología fue importante y surge de sus primeras experiencias como médico. Incluso algunos de sus primeros trabajos, de orientación neurológica, son de esta época, y corresponden a investigaciones realizadas sobre pacientes infantiles: *Sobre hemianopsia en la primera infancia* (1888); *Estudio*

clínico sobre la hemiplejía cerebral en la infancia (1889); *Parálisis infantiles* (1889); *Las diplejías cerebrales en la infancia* (1893).

De la obra psicoanalítica de Freud se desprenden también diversos y variados contactos terapéuticos con pacientes de distintas edades hasta la adolescencia¹, así como también de observación de niños pequeños. Quizás las más notorias de éstas hayan sido el juego del nieto con el carretel (Freud, 1920), los sueños infantiles de sus hijos (Freud, 1900), la niña de siete años en *Dos mentiras infantiles* (Freud, 1913), y –aunque fuera a través de una comunicación de la madre– la “asociación de ideas de una niña de cuatro años” (Freud, 1920).

También tenemos testimonios de otros analistas que atendieron niños en esos años. Mencionamos los siguientes: Abraham, Wulf, citados en *Totem y tabú* (1912), tratando niños fóbicos, Ferenczi (1913) y Pfeifer, citado por Freud (1920)².

De todos modos, de estas experiencias –salvo el caso Juanito, por supuesto– no hubo derivaciones teóricas o clínicas de trascendencia.

La inauguración del camino hacia la consagración definitiva del psicoanálisis de niños fue sin duda alrededor de 1920, cuando tres analistas mujeres establecieron la posibilidad de atender directamente al niño mediante el recurso de implementar y jerarquizar técnicamente una manifestación que es propia de ellos: el juego. Este pasó a ocupar, en el dispositivo analítico, un lugar semejante al de la asociación libre en el de adultos.

Nos referimos a Hermine Hug Hellmuth, Anna Freud y Melanie Klein. Pero nos vamos a ocupar especialmente de la última ya que fue quien con más decisión y con menos ataduras a las convenciones teóricas y técnicas, se abocó a desarrollar y fundamentar la posibilidad de que el niño se constituyera en objeto de la exploración psicoanalítica como así también en protagonista del proceso de análisis.

No es ésta la oportunidad de hacer una reseña de las observaciones, descubrimientos y desarrollos de la teoría kleiniana. Es un tema demasiado amplio y complejo como para hacerlo aquí. Pero debemos decir que en este emprendimiento, si había conceptos

¹ Ver listado en el trabajo de A. M. Wagner, 1994, pág. 4.

² Ver trabajo de C. Médici de Steiner.

freudianos que interferían la suposición de la posibilidad de abordar psicoanalíticamente al niño, Melanie Klein los omitió o modificó, teorizando de tal manera la experiencia clínica, que en muchos puntos perdió sus articulaciones con las concepciones freudianas. No es ésta tampoco la ocasión de desarrollar y profundizar en estas diferencias entre las concepciones freudiana y kleiniana. Simplemente, vamos a enunciar algunas:

Complejo de Edipo: Klein lo sitúa cronológicamente antes que Freud, y no le asigna el mismo valor fundante y estructurante. Tampoco es un referente para un concepto como el de *après coup*. La regresión permitiría acceder al conocimiento de las etapas más tempranas.

Superyó precoz: instalado en el origen, daría cuenta, por extensión, de una tópica desde el inicio.

Constitución del inconciente: no está en consideración en Melanie Klein alguna hipótesis en ese sentido, ya sea de un “momento” primario, o en términos míticos o a través del desarrollo.

Concepción de lo instintivo: instintos de vida y muerte, serían para Melanie Klein del mismo nivel, y en una recíproca relación de conflicto, muy diferente a la compleja (y en cierto sentido oscura) trama que los relaciona, de acuerdo al entonces reciente texto freudiano *Más allá del principio del placer* (1920).

Identificación proyectiva: este concepto se superpondrá y aun se confundirá con el freudiano respecto a la transferencia.

Pero quizá gracias a esta posibilidad de emprender sus investigaciones sin regirse por preconceptos, Melanie Klein pudo dar un panorama coherente y verosímil, de mucha riqueza y valor clínico, de la mente del niño, aun del niño pequeño.

A pesar de que su teoría, además de lograr numerosos y valiosos adeptos, se demostró y aun se consagró en la práctica clínica, es muy difícil incorporarla en sus conceptos fundamentales a la freudiana. La pregunta que se plantea es si esto se debe a imposibilidades epistemológicas o no es más que un reflejo de las diferencias entre lo infantil y lo adulto.

Pensamos que esa brecha entre las dos teorías (y también entre la estructura adulta e infantil) es origen de una serie de problemas. Esta dificultad de articular las dos concepciones en el caso del análisis infantil, produce en el analista un quiebre lógico,

que puede ser el fundamento y el origen de problemáticas contra-transferenciales propias del psicoanálisis de niños.³

Otra de las consecuencias de la labor kleiniana fue la posibilidad de describir, a partir de la dialéctica entre clínica y teorización, con sumo detalle y profundidad la patología infantil. Pero lo deducido de la observación directa tendría que discrepar con las reconstrucciones de la infancia proveniente de los análisis adultos.

Es así que si tenemos en cuenta muchas descripciones clínicas, especialmente de niños pequeños, veremos que son diferentes a lo que se podría estructurar como neurosis infantil desde el adulto. Melanie Klein hará en la práctica una extensión del concepto de neurosis a cuadros en los que no hay una estructuración neurótica, al modo clásico. Es que la nosología infantil, sigue utilizando términos tomados de la adulta, que no la particularizan. Esto se expresa claramente en ciertas manifestaciones muy precoces, a las que Klein les aplica denominaciones de neurosis estructuradas, oscureciendo el hecho de que en verdad corresponden a mecanismos que no son neuróticos y que menos aún pueden llegar a constituir una neurosis.

El pedir prestado nombres a la nosología adulta, da también cuenta de las dificultades de acceso a la niñez, y no contribuye a que se comprendan en su especificidad manifestaciones (patológicas o no) propias de la infancia. Un ejemplo de estos deslizamientos terminológicos se da en la denominación de lo que Melanie Klein llama fobias tempranas y mecanismos obsesivos precoces, que naturalmente no se compadecen con formaciones neuróticas constituidas, como podría suponerse de sus nombres. Hay, entonces, una detallada aproximación clínica que aún no se ha completado con una terminología propia. No hay una semiología, en un sentido estricto, para la clínica y la nosología psicoanalítica infantil.

Esto sería un indicio más de las dificultades para aprehender la niñez, aun en el caso de Melanie Klein, psicoanalista de extraordinaria sagacidad clínica y creadora, además, de un dispositivo técnico adecuado específicamente a ese fin.

V

³ Ver *Analizan un niño* (Levín, 1988).

Hay entonces, por un lado, una representación de la infancia en el adulto que se ha ido construyendo y modificando a lo largo de la vida, que no tiene vía de retorno para la aprehensión de la experiencia emocional infantil tal cual ocurrió. También en el proceso analítico esta versión sobre lo infantil se actualiza y elabora en transferencia, constituyéndose como neurosis infantil que a lo largo del proceso, siempre en transferencia, tiende a ser develada y resuelta ampliando y enriqueciendo la visión del paciente de su infancia y con ella de su historia particular.

Pero esta *neurosis infantil* del adulto bajo transferencia debe ser, por otro lado, diferenciada de la *neurosis del niño* en sí, que no necesariamente se corresponde con la versión adulta que se tendrá de la infancia, por ejemplo, en un eventual futuro análisis.

La neurosis del niño a veces tiende a ser superpuesta y encubierta por la versión de su infancia por parte del adulto. Es por eso importante rescatar que el antecedente neurótico de la infancia efectivamente precede a la neurosis adulta, pero en general esta neurosis del niño discrepa de las floridas reconstrucciones que hará el adulto en transferencia analítica. Dice Freud en el Hombre de los Lobos: “Estoy presto a aseverar que toda neurosis de un adulto se edifica sobre su neurosis de la infancia, pero ésta no siempre fue lo bastante intensa como para llamar la atención y ser discernida como tal” (Freud, 1918, pág. 90).

Destacamos esto, porque esta duplicidad entre el niño de la observación y el de la reconstrucción, puede ir en detrimento del primero, al atribuírsele connotaciones que provienen de la versión adulta o aun negando su peso etiológico en la constitución de las patologías adultas, para centrar todo, en el conflicto actual. Citamos otro párrafo de Freud del historial del Hombre de los Lobos: “Pretenden buscar la causación de las neurosis casi exclusivamente en los serios conflictos de la vida posterior, y suponen que la *sustantividad de la infancia* (el destacado es mío) no es sino un espejismo que nos provoca en el análisis la tendencia de los neuróticos a expresar sus experiencias del presente en reminiscencias y símbolos del lejano pasado” (Freud, 1918, pág. 48).

Ese niño en sí, el niño real, quizá por el desconocimiento que deriva de las dificultades ya anotadas respecto al acceso a él, tiende a ser desconsiderado, desconocido o banalizado en su

“sustantividad”.

Es en el terreno de la sexualidad donde quizás en mayor medida se establecen los deslizamientos de la concepción desde el adulto sobre lo que atañe al niño mismo. Se tiende a atribuir a la infancia una sexualidad que se acomoda a las propias fantasías y recuerdos de la neurosis adulta y su particular forma de estructurarlas. Hay quienes, en función de esto, incluso pueden afirmar que la llamada sexualidad infantil no implica una sexualidad del niño: sería sólo una atribución a la infancia de la sexualidad adulta, y si se suprimiera dicha atribución, el niño en sí carecería de sexualidad.

También en este campo debemos enfatizar la “sustantividad” de la sexualidad en la infancia, aun cuando difiera de la del adulto y de la versión que éste tuviera sobre la de su propia niñez.

Freud señaló esta problemática y aludió al riesgo que implica en tanto argumento resistencial para negar la sexualidad del niño, uno de los hallazgos más relevantes del psicoanálisis y que mayor revulsión y rechazo suscitó. Citamos –fragmentariamente– algunos párrafos de la llamada 39 del historial del Hombre de las Ratas:

“...el ser humano en crecimiento *busca*, en estas formaciones de la fantasía sobre su primera infancia, *borrar la memoria de su quehacer autoerótico*, elevando sus huellas mnémicas al estadio del amor de objeto: o sea, como un genuino historiógrafo, procura contemplar el pasado a la luz del presente. De ahí, en esas fantasías, la abundancia de seducciones y atentados, cuando verdaderamente la realidad se limita a un quehacer autoerótico y a la incitación para éste mediante ternuras y castigos. Además, uno descubre que quien fantasea sobre su infancia *sexualiza sus recuerdos*, es decir, vincula vivencias triviales con su quehacer sexual, extiende sobre ellas su interés sexual, en lo cual es probable que siga los rastros del nexo efectivamente presente” [...] “Quienquiera que haya leído mi ‘Análisis de la fobia de un niño de cinco años’ (1909) me creerá si digo que no es propósito de estas puntualizaciones rebajar con posterioridad la sexualidad infantil, por mí aseverada, reduciéndola al interés sexual de la pubertad. Sólo me propongo dar indicaciones técnicas a los efectos de resolver aquellas

formaciones de la fantasía que están destinadas a falsear la imagen del quehacer sexual infantil.” (Freud, 1909b, pág. 162/163, llamada 39)

VI

Retomemos ahora el seguimiento de la historia de la infancia (y correlativamente lo referido al concepto de niñez) en estos dos últimos siglos. Es notorio que a lo largo de ellos el niño fue ocupando un lugar destacado –y hasta puede decirse, desde un cierto punto de vista, privilegiado– en el discurso y la consideración social. La posibilidad de prevenir para él un futuro se adecuó consecuentemente a la necesidad de que así fuera, en función de un tiempo necesario para su capacitación de acuerdo a una sociedad industrial en desarrollo.

La continuidad temporal que relaciona la infancia con la adultez fue un valor que se impuso, en tanto tal, recién en el siglo pasado.

El psicoanálisis tomó para sí en sus orígenes ese nuevo lugar que ocupaba el niño y, con sus raíces en las ciencias y la medicina de la época, aplicó a su espectacular hallazgo de la correspondencia entre patología adulta e infantil, los esquemas de causalidad directa. Constituyó así la idea de una niñez a la que se podía acceder en su materialidad a partir de los sueños, recuerdos y síntomas del paciente neurótico.

Pero no se sostendría mucho tiempo esta concepción que, por otra parte, también desde los inicios promovía dudas.

El llamado “giro del 1900” instaló definitivamente un psicoanálisis que accedió a una versión de la infancia producto de una serie de mecanismos y transformaciones, que no por conocidos, o quizás justamente por ser conocidos en sus alcances, denotaron las dificultades para llegar a través del discurso del neurótico adulto al conocimiento de la infancia tal cual es experimentada por el niño.

El psicoanálisis dio cuenta desde sus desarrollos clínicos y teóricos de una escisión inexorable entre una niñez perdida para siempre y una vida adulta desde la cual se construyen y reconstruyen versiones históricas sobre la infancia, necesarias para la coherencia y continuidad de la identidad.

El niño-en-sí, quedó entonces desplazado por el niño-en-el

adulto, hasta que Melanie Klein, sin tomar en cuenta las prevenciones teóricas que señalaban una imposibilidad, encaró al niño desde un dispositivo clínico ideado específicamente para atenderlo. Pero sus conclusiones, de enorme riqueza, fueron en muchos puntos difíciles de articular con la teoría freudiana, de la misma manera que lo es hacerlo con la concepción del niño desde sí mismo y la que proviene del adulto.

Esta duplicidad propia de la vida humana, no es la única que la caracteriza. El psicoanálisis, desde sus fundamentos, aludió a una escisión del sujeto, denotada por un psiquismo dividido.

Como aproximación, podemos decir que si hay una escisión sincrónica conciente-inconciente, también puede plantearse otra, en este caso diacrónica, la existente entre infancia y adultez. De todos modos esto se relativiza si tomamos en cuenta una de las concepciones clásicas que asimila lo inconciente a lo infantil. Ambos son conceptos que en tanto referidos a lo reprimido y aun a lo incognoscible, promueven resistencias y rechazo.

La dimensión de desconocimiento encarnada en el niño puede ser una fuente de violencia hacia él, a la que se suma su inermidad, que lo hace más vulnerable.

Si la historia de la infancia aportó al psicoanálisis un concepto de niñez que constituyó uno de los puntos de partida de su desarrollo, el psicoanálisis pudo a su vez desentrañar y ofrecer a la historia elementos que desmienten y reubican los alcances de ese aparente lugar de privilegio que se le otorga al niño.

Las diferentes modalidades en que persiste el maltrato infantil, suponen, por ejemplo, una invariante que subsiste en la historia en lo que hace a la relación del adulto (y la sociedad) con sus niños.

Si se atribuyó al “tabú de afecto” la desconsideración histórica hacia la niñez, no podemos decir que éste sea el caso en estos últimos dos siglos, en que el niño fue objeto de un singular investimento narcisístico, que lo ubicó en un lugar central de la familia y la sociedad.

Sin embargo, la trama afectiva que recubre al niño y aún lo eleva a un sitio de jerarquía, no ha conseguido modificar el riesgo latente o manifiesto de violencia que pesa sobre él.

En una de sus connotaciones quizás más dolorosas, la partición que caracteriza al psiquismo humano, da cuenta de la inaccesibilidad representacional a experiencias de la vida infantil. Es un nuevo agravio al narcisismo (con el desprendimiento agresivo que

esto supone), a la vez que hace también al niño posible depositario ideal de lo más irracional de la persona adulta.

El aporte del psicoanálisis a la historia de la infancia ha sido el reconocimiento del problema de la niñez en su complejidad y aun en su imposibilidad. Con su método de investigación clínica, que hace del obstáculo un instrumento y un desafío, avanzó (y avanza) ya sea resolviendo o dejando abiertos los interrogantes que se plantean, o a veces denotando y circunscribiendo problemáticas “imposibles” para ubicarlas en tanto tales en un lugar de la teoría.

Sabemos que el mejor aporte que se puede hacer ante el objeto de investigación, en este caso la niñez, es deslindar lo que se sabe de lo que no se sabe. Aun cuando en la dilucidación del pasado infantil el psicoanálisis puede validar e interpretar material que llega transformado por el proceso secundario, también reconoce un punto –lecho de roca– después del cual debemos suponer lo incognoscible, lo indeterminado, lo “antes” de una significación que delimita un inaccesible, en tanto no metaforizado. Esto puede quedar asimilado a un concepto de infancia.

A ese “previo imposible” que a partir de un supuesto “momento” de significación queda fuera de todo, queremos, ya que no metaforizar, al menos aludir, con el siguiente fragmento de un poema de Roberto Juarroz (1988, pág. 130):

*Abrir los ojos es como empezar a cerrarlos.
Parece que se abandonara una visión
que era más luz que la luz,
más claridad que luz,
más levedad abierta.*

BIBLIOGRAFIA

ARIÈS, PH. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus, 1987, pág. 57.

RESUMEN

Se hace una breve reseña de la historia de la infancia hasta el siglo XIX, para introducir los cambios sociales, culturales y científicos que contribuyeron a la constitución de un concepto de niñez, inédito hasta entonces.

Se estudia la importancia de ese nuevo lugar al que adviene la infancia para los orígenes del psicoanálisis.

El seguimiento de la historia del psicoanálisis reconoce distintos momentos y acepciones respecto a la definición de lo infantil, a veces no claramente delimitadas y difíciles de hacer compatibles entre sí.

Como ilustraciones teórico clínicas se alude a las diferencias, no siempre bien establecidas, entre neurosis infantil y neurosis del niño o entre sexualidad infantil y sexualidad del niño.

Por último se hacen algunas referencias a los aportes recíprocos entre psicoanálisis e historia de la infancia.

SUMMARY

A brief outline of the history of infancy up to the 19th Century is made, in order to introduce the social, cultural and scientific changes that have contributed to the establishment of a concept of childhood hitherto, unheard of.

The importance this new place, where childhood has arrived, had for the origins of psychoanalysis is studied.

Along the history of psychoanalysis one can recognize different moments and different meanings for the definition of the infantile, sometimes with no clear delimitation, and difficulty to make them compatible with each other.

By way of a theoretical-clinical illustration, the not always well established differences of infantile neurosis and neurosis of the child, or between infantile sexuality and sexuality of the child, are mentioned.

Finally, some references are made of the mutual contributions between psychoanalysis and the history of infancy.

RESUME

On y fait un compte rendu de l'histoire de l'enfance jusqu'au XIXème siècle, en signalant les mouvements sociaux, culturels et scientifiques qui ont contribué à constituer le concept d'enfance, jusqu'à ce moment inexistant.

Il est analysé depuis l'importance qu'il acquiert pour les origines de la psychanalyse, laquelle, au cours de son histoire, connaît des significations diverses pour ce concept, parfois contradictoires, parfois

pas très bien délimitées.

Pour illustrer l'aspect théorique-clinique, on fait référence à la différence, pas toujours claire, entre névrose infantile et névrose de l'enfant, ou bien entre sexualité infantile et sexualité de l'enfant.

Pour finir on fait quelques références aux contributions réciproques entre la psychanalyse et l'histoire de l'enfance.

- COLLODI, C. *Las aventuras de Pinocho*. Barcelona: Bruguera Ed., 1982.
- FERENCZI, S. (1913). Un pequeño gallo. En *Sexo y psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1959, cap. IX, pág. 171.
- FREUD, S. (1900). La interpretación de los sueños. A.E. IV. págs. 146-152.
- (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. A.E., X, págs. 3-118.
- (1909). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. A.E., X, págs. 162-163, llamada 39.
- (1913). Dos mentiras infantiles. A.E., XII, págs. 323-5.
- (1913). Totem y tabú. A.E., XIII, págs. 131-1.
- (1918). De la historia de una neurosis infantil. A.E., XVII.
- (1920). Más allá del principio del placer. A.E., XVIII, 1979, pág. 14.
- (1920). Asociación de ideas de una niña de cuatro años. A.E., XVIII, págs. 261-2.
- (1926). Inhibición, síntoma y angustia. A.E., XX, págs. 3-118.
- (1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. A.E., XXII, pág. 137.
- ILLICK, J.E. La crianza de los niños en Inglaterra y América del Norte en el siglo XVII. En *Historia de la infancia*, capítulo 7, pág. 371. Madrid. Alianza, 1987.
- JUARROZ, R. *Undécima poesía vertical*. Buenos Aires: Lohlé, 1988, pág. 130.
- LEVÍN, R.E. (1988). Analizan a un niño. *Psicoanálisis*, vol. X, 1988, nº 2, pág. 227.
- LLOYD DE MAUSE. Historia de la infancia. En: *Historia de la infancia*. Madrid: Alianza, 1987, pág. 15/18.
- MÉDICI DE STEINER, C. Una historia de los psicoanalistas de niños a principios de siglo. En *Psicoanálisis de niños y adolescentes en América Latina*. Vol. I. Lima, 1994, págs. 51-71.
- SCHWOB, M. *Vidas imaginarias. La cruzada de los niños*. México: Porrúa, 1991, pág. 119.

WAGNER, A. Ayer, hoy y mañana del psicoanálisis de niños y adolescentes en Latinoamérica. Leído en el Primer Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes. Córdoba, 1994, pág. 4.

WIRTH MARWICK, E. Naturaleza y educación. Pautas y tendencias de la crianza de niños en la Francia del siglo XVII. En *Historia de la infancia*. Madrid, Alianza, 1987.

Descriptores: Historia. Historia del psicoanálisis. Historia infantil. Neurosis infantil. Niñez.

Raúl E. Levín

Av. del Libertador 260, 18° "A"

1001 Buenos Aires

Argentina